

El surgimiento de nuevas tecnologías nos permite constatar que mientras que la creatividad, la cultura y el pensamiento, generen nuevas realidades, entonces la actividad filosófica tendrá vigencia y nuevos derroteros por enfrentar.

Con la revolución industrial inicia una consistente consolidación de la alianza entre la ciencia y la técnica, dando paso al afianzamiento de la tecnología, cuyos efectos positivos sobre las intenciones humanas permitieron develar una semioculta pulsión humana de inconformidad hacia lo dado, dando paso a una búsqueda inacabada por lo mejor, lo más durable, lo más prestigioso, lo más cómodo o lo más extravagante. En este contexto, no basta con tener un automóvil, se pretende el automóvil más veloz y más lujoso, no basta un teléfono para comunicarnos, se ansía un teléfono que transmita imágenes, no basta tener la posibilidad de volar, además se quiere volar a la Luna o a Marte. Y en el ámbito de la vida, no basta con vivir, se pretende vivir más y evitando el dolor.

Como en muchas de las innovaciones culturales, cuando se logra un beneficio en un sector, se experimentan pérdidas en otro. Enrique Linares hacía referencia al *filo de la navaja* en que nos coloca el desarrollo tecnológico: por un lado bienestar, por el otro conflicto. Si toda transformación material a través de la técnica implica una modificación del entorno material, entonces las referencias a los estados anteriores dejan de tener vigencia y se inicia un proceso de adaptación a las nuevas realidades; Fernando Broncano se refiere con el calificativo de *mundos artificiales* a estas nuevas realidades que son fruto de la participación de la inteligencia de los hombres y que inciden sobre el entorno natural o artificial, dando paso a nuevas naturaleza o, como dijera Ortega y Gasset, a *sobrenaturalezas*.

La más contundente influencia de la tecnología se presenta en el ámbito de la vida humana; pero un examen más acucioso nos permite darnos cuenta que otras manifestaciones de lo vivo también resienten los efectos del desarrollo tecnológico. El reconocimiento del filo de la navaja en que nos coloca la técnica, nos impediría pronunciarnos apresuradamente sobre la conveniencia o inconveniencia de la implementación de las innovaciones tecnológicas, pero lo que resulta inevitable es reflexionar sobre su estructura y efectos. Dicha reflexión nos inscribe en la filosofía porque los temas a debatir no siempre son el fruto de la experimentación o una práctica cotidiana; reflexionar sobre los efectos de la técnica sobre la vida implica reflexionar sobre el bien y el mal, sobre la incertidumbre, sobre el tiempo, sobre las definiciones, sobre las certezas en las decisiones, sobre la justicia, sobre la naturaleza de los entes, sobre la manera en que debiéramos nombrar la realidad, sobre el mundo que estamos construyendo y sobre la autonomía.

La preocupación por evitar muertes prematuras, aliviar las enfermedades y evitar dolores innecesarios ha sido una preocupación tan antigua como la

misma humanidad. Por eso se ha llegado a pensar que la reflexión ética hunde sus raíces en las técnicas médicas, reconocidas como el ámbito profesional en donde se decide sobre las conductas correctas e incorrectas orientadas hacia preocupación sobre la vida y la calidad de vida. Uno de los estratos en donde el desarrollo tecnológico ha tenido mayor presencia es precisamente en la práctica médica y el filo de la navaja se hace patente: podemos prolongar la vida, pero no se garantiza una vejez digna; podemos trasplantar órganos, pero no hay recursos para trasplantar a todos los que lo requieran; podemos mantener funciones vitales, pero no sabemos el sentido de mantener vidas humanas sin conciencia; podemos seleccionar los mejores embriones, pero no queremos incurrir en prácticas de discriminación; podemos inocular contra una gran cantidad de enfermedades, pero no hay los medios para hacerlo con toda la humanidad; podemos elaborar prótesis robóticas que devuelvan la movilidad, pero destinar recursos a prótesis robóticas implica desatender otras necesidades igualmente importantes. En otras palabras, las técnicas que dejan de manifiesto sus efectos sobre la práctica médica, ofrecen soluciones a las intenciones relativas a la salud, pero al mismo tiempo generan un conjunto de nuevas interrogantes.

La bioética surge en la segunda mitad del siglo XX, en un contexto de optimismo ante el desarrollo tecno-científico, pero también ante un contexto de pesimismo sobre la incertidumbre de su alcance. La reflexión sobre la vida, que en otros momentos de la historia centraba su atención en lo humano extiende sus miras hacia el reino animal y el entorno natural. Para unos esta visión global implica la superación del antropocentrismo, pero para otros, como Gilbert Hottois, no es otra cosa que una nueva conciencia antropocéntrica. La visión antrópica tiene sentido en un contexto no antrópico o, en términos orteguianos, somos lo que somos en el contexto de nuestra circunstancia. Por ello la bioética, si bien ha tenido como punto de partida los aspectos relativos a la salud, también ha tenido que ocuparse de todo aquello en que se pone de manifiesto la vida o que es condición para la prevalencia la vida.

Pero a pesar del sufijo “ética”, del concepto “bioética”, su objeto de estudio o de reflexión, deja de ser sólo filosófico porque los efectos de la tecnología y su repercusión sobre la vida, la salud y la muerte no son competencia exclusiva de las teorías filosóficas. De hecho la bioética aparece en los ámbitos en donde las problemáticas generadas a partir de la actividad tecno-científica sobre la vida, generaron inquietudes de deliberación claramente identificadas como temas de ética. Por lo anterior, la bioética es asunto de todo ciudadano que resiente los efectos del desarrollo tecnológico en su vida o su entorno. Cómo la bioética es resultado del desarrollo tecno-científico que incide sobre la sociedad y el entorno, entonces es concebida como una actividad que requiere, para poder alcanzar las metas deseadas, la colaboración de múltiples profesiones tanto del ámbito de las ciencias naturales como humanas. Con la bioética,

se revela la tendencia a la superación de lo que Peter Snow denominó “las dos culturas”.

Un claro ejemplo de esta colaboración entre profesiones es este número de *Protrepis*, en donde, a través de los artículos presentados, queda de manifiesto que los efectos del desarrollo tecno-científico, aplicado a la vida, dejan de ser un trabajo reservado a técnicos y científicos, ya que requieren la colaboración de otras disciplinas sociales tales como el derecho, la sociología o la ética, a fin de encontrar senderos más firmes para afrontar las nuevas interrogantes. Por otra parte se hace patente que las problemáticas bioéticas no se remiten solamente a aspectos del ámbito médico; lo anterior se hace evidente al centrar nuestra atención sobre los efectos de las formas de convivencia humana que, aunadas al desarrollo tecnológico, hunden sus efectos en el medio ambiente, cuyo cuidado y protección se presentan como imprescindibles. 